

# Ser bipolar en el Caribe



*El Universo es en sí mismo una realidad bipolar. Fotografía de Lidia Corcione*

I

## INTRODUCCIÓN

“El Universo es una totalidad esencialmente bipolar: conocemos el día y la noche, el polo norte y el polo sur, el frío y el calor, el masculino y el femenino, el nodo positivo y el negativo. A través de la historia hemos conocido los inventos que provienen de la unidad y lucha de contrarios que le han dado nacimiento a nuevos seres, a nuevos conocimientos, a guerras y a teorías. Sin embargo, cuando esa bipolaridad se ve exacerbada en el estado de ánimo de los seres vivos decimos que hay un trastorno bipolar, porque rompe el equilibrio en el ser humano y es altamente perturbador para la vida en sociedad, por esta razón nos proponemos analizar qué

significado tiene desde la comunicación la ruptura de la armonía en la vida cotidiana de los seres que sufren esta patología, para contribuir a hacer más digna la vida de estas personas y para mirar el aporte que ellas pueden hacer para enriquecer la vida en todas sus facetas.”

Desde *Mi Vida* de León Trotsky, a la autobiografía de Gabriel García Márquez, quien relata que “la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda para ser contada”, la humanidad ha conocido el testimonio de aquellos que han hecho de su existencia un asunto público.

Pero muy pocas veces escuchamos la voz del paciente mental, excluido, confinado a la clínica de reposo, arrinconado por la sociedad, como si fuera un delincuente. El ser bipolar en el Caribe, continúa siendo un mito para la comunidad. Aunque en toda familia extensa que se respete, hay más de uno con esta patología, los pacientes mentales se esconden, porque avergüenzan a la familia.

Lo que aún no sabe la sociedad es que el paciente bipolar es un ser lúcido, con niveles de acceso a la realidad que no tienen algunos seres “normales”, y que valdría la pena escuchar cómo es el mundo que subyace en su interior; ese mundo que es preciso desentrañar, si queremos explicarnos la violencia intrafamiliar, la represión y el caos que hoy reinan en el mundo. En una palabra, necesitamos su testimonio para descubrir, ¿por qué está enferma la sociedad?

### ALGUNOS ROSTROS VISIBLES

Aunque la mayoría de las personas que sufren del Trastorno Afectivo Bipolar, prefieren conservar el anonimato, presentamos inicialmente en esta edición de la revista UNICARTA, el testimonio de una escritora profesional cartagenera que ha sufrido de esta condición durante más de treinta años. Ella representa al grupo de personas que, gracias a una buena medicación, del auto-conocimiento de su personalidad, y de un buen grupo de apoyo, ha logrado un estado “eutímico” que le permite



*El Bipolar se acerca a la belleza de la naturaleza. Foto Lidia Corcione*

permanecer sana durante un largo período y ha podido proyectarse a la sociedad, aportando desde su saber y sus conocimientos, para lograr el bienestar de otras personas, que aún no aceptan su condición y se niegan a aceptar un tratamiento psiquiátrico adecuado y el apoyo psicoterapéutico correspondiente.

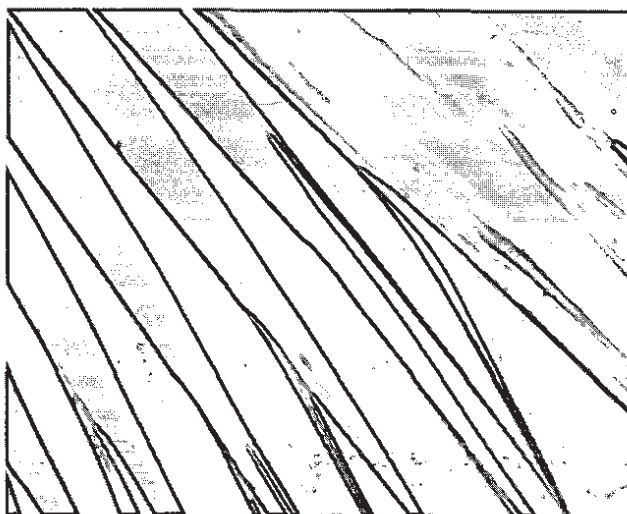
Este testimonio, forma parte de una investigación más profunda, desarrollada por las psicólogas Marcela Currea Galvis, María del Socorro Acosta, y las comunicadoras sociales, Zayda Ardila Carrillo y Sara Marcela Bozzi.

### MARGARITA ESTÁ LINDA LA MAR

Tengo el Trastorno afectivo bipolar o TAB, desde hace treinta años. Varias circunstancias me declararon su aparición entre 1983 y 1984: Mi repentina venida del exterior definitivamente y en donde era tan feliz con mi familia, conformada por mi esposo y mis dos hijos, la renuncia voluntaria pero también por solicitud de mi esposo a mi importante cargo como ejecutiva de una destacada entidad financiera internacional y la separación de mi esposo por razones económicas y de identidad, durante una juventud en la que habíamos madurado paralelamente como personas y como profesionales a pesar de tener un hogar clásico y muy feliz. Llegué a casa de mis padres como hija de familia mientras buscaba proteger a mis hijos de este cambio climático en el hogar, renunciando a buscar trabajo por el apoyo que encontré psicológica y emocionalmente en mi padre, quien pudo disfrutar de sus pequeños nietos a plenitud, mientras una enfermedad terminal se lo llevaba sigilosamente pocos años después, arrancándome la vida otro don muy preciado, pues yo era la niña de los ojos de mi padre y nuestra familia paterna estaba organizada en una forma casi tribal con mis tíos y mis primos. Mis hijos disfrutaron de todo este lindo ambiente mientras les hacía falta la presencia de su padre, quien a su regreso al país quiso quedarse en Bogotá, donde residía su familia.

Después de estos cuatro acontecimientos trágicos para una niña mimada por la vida como lo había sido yo, la primera en todo lo que me proponía, caí en una

profunda y larga depresión; para entonces la psiquiatría apenas se hallaba saliendo de su largo y oscuro túnel, y los fármacos de marca apenas empezaban su desarrollo embrionario. Esa depresión ocasionada por la tristeza de las pérdidas y que ponían a tambalear mi vida alrededor de los treinta años, también estuvo acompañada de episodios obsesivos y maníacos donde me creía la reina del mundo, cuando no una escogida por los dioses. Mis hijos no vivieron este último traumatismo porque mi padre supo manejarlo muy bien, el problema mayor vino después cuando la vida me arrancó la ternura de mis hijos teniendo que cedérselos a su padre, debido a mi debilidad manifiesta para que terminara de educarlos; lo hice por amor, después de todo al enamorarme de él, le había confiado mi vida, pero también esta vez por razones económicas: yo no podía mantenerlos y ya mi padre no estaba, mientras que a mi esposo le había empezado a ir mejor en un viraje profesional de grandes esfuerzos, y coincidimos en darles lo mejor. La vida se me hizo todavía más dura cuando no encontré trabajo, y mis amigos aunque quisieron ayudarme no me veían en condiciones óptimas para confiarme responsabilidades laborales acorde con mi hoja de vida. Posteriormente, la distancia con mis hijos se hizo todavía más grande cuando mi esposo se los llevó a vivir fuera de la ciudad, y a imponerles su sistema educativo en compañía de mi suegra, en un divorcio en el que tuve todas las de perder y nada que ganar en la soledad más grande e incomprensible.



*Y el viento lleva esencia sutil de Mar. Foto Lidia Corción*

Sin embargo, para esa época fueron muy importantes mis amistades. Mientras algunos siquiátras trataron de alejarme de mis hijos en un sello poco ético por consejos dados a mi esposo acerca de que esto era contagioso y malsano para la educación de mis hijos, otras amistades me ayudaban y empecé a salir a flote haciendo política y ejerciendo el litigio con buen éxito gracias a la ayuda de un antiguo profesor de la Facultad con quien también compartía oficina, todo esto gracias a que fui la mejor alumna durante mis estudios de leyes y a que había fundado y dirigido un periódico durante mis años universitarios y el ejercer estos dos liderazgos me estimuló y me llevó a ser una estudiante muy aventajada y admirada

Aprendí entonces a no llorar más, pues había llovido demasiado el arrancamiento de mis hijos, y debía aprender a rehacer mi presente.

Después de casi diez años de estar retirada del mundo intelectual, decidí retomar el hábito de la lectura, escribir y recordar mis viejas épocas como periodista empírica, y fue así como me atreví a adentrarme en la poesía y ampliar mi prosa, con la exigencia también de los alegatos y memoriales que debía pasar a los juzgados y tribunales. También esta circunstancia me ayudó mucho a salir adelante mientras veía poco a mis hijos, pero también aprendí a ser madre a distancia mientras mis hijos aprendían también a ser afectuosos desde la distancia, por la orientación de su padre.

Durante los primeros veinte años tuve varias crisis muy serias porque nunca me resigné a la vida dura que me había tocado pero solo vine a estabilizarme cuando mis hijos crecieron y maduraron encargándose de mí y de mi tratamiento, durante estos últimos años, en los que además, fui abuela por primera vez.

El tiempo ha transcurrido y hoy puedo decir que a pesar de todo la vida es linda y vale la pena ser vivida. Aprendí que gracias a la educación que con mucho esfuerzo les dimos mi esposo y yo a nuestros hijos, ellos han triunfado en la vida. Hoy son profesionales especializados y viven felizmente en el exterior rodeados de un buen ambiente. Mi esposo ha tratado

de rehacer su vida por tercera vez y yo me he preparado para afrontar la vida sola y como siempre con el apoyo de mis amistades, y de la familia de mi padre. Tengo más allá de los 58 años y estoy cimentando mi futuro, y admirando inmensamente a mis hijos, quienes son para mí el sol que da brillo a mis días. Me dedico a escribir y a asesorar en mi profesión, así como también a ayudar a otras personas con trastorno afectivo bipolar a superar sus dificultades y a ejercer el papel que a mí me hizo falta cuando pasaba mi época difícil, y me sentía aparentemente sola luchando contra viento y marea. Pero veo que también valió la pena, pues no obstante todas las dificultades fueron más los resultados positivos de mi quehacer en la vida; hoy soy una mejor persona y mis hijos templaron su carácter desde muy pronto en la vida, gracias a lo cual hoy están mejor preparados para luchar solos en el exterior, mientras crearon una sensibilidad muy grande ante los pobres y desvalidos.

Después de la tempestad: Margarita está linda la mar.

### APRENDIENDO CADA DÍA

Aprendo desde que nací, como cualquier ser humano que es consciente de su palpitante realidad. Eso sí, no supe lo que era la vida, hasta bien entrada la madurez... mientras tanto fui una consentida que bordaba recuerdos e ilusiones.

Aprendí que en la niñez lo importante era jugar y obedecer para ganar más el cariño y el compañerismo; en la pubertad, la emoción de los chicos y la dulzura de las picardías infantiles aunadas a las travesuras de la primera juventud, junto a compañeras y compañeritos de inusual pero sano libertinaje.

Aprendí de la adolescencia la flor del poema y el aroma de una canción, la pasión y el ardor juvenil de las metas de la felicidad y la consecución de logros. Etapa adorable la de la adolescencia.

Aprendí en los años universitarios a amar las revoluciones y el placer de aspirar un cigarrillo como quien teje sueños, junto a un buen tinto o una buena

cerveza, bebidos entre los poemas y los conciertos de nuestros ídolos de la antigüedad clásica y de la post modernidad.

Aprendí de la siguiente juventud el bienestar del profesionalismo a instancias de las inventivas y la competitividad que enjuga el rostro del joven ejecutivo, pletórico de iniciativas.

Aprendí el placer del orgullo de ser padres, de jugar con los niños, y de recordar cuadros ya cincelados en la memoria. Aprendí a jugar de nuevo y a no tomarme la vida tan en serio como si aspirara la pipa de filosofía en filosofía.

Llegando la madurez y con los hijos crecidos, aprendí a correr para que no me alcanzara la vida con canas de humor blanco. Eran las épocas del recuerdo y el revivir la historia en los años mozos de nuestros hijos, en el espejo de sus ideales, y en el fragor de los proyectos que recrudescían nuestros juegos. Aprendo hoy de la vejez prematura que se riega al otoño, sin el concurso del invierno...también allí hay pasatiempos o el calor de una chimenea ardiendo al son de la calidez del hogar con los amigos. Siempre tuve de la amistad los mejores regalos y las más abultadas alcancías: la vida no me defraudo jamás con ellos sino que enriqueció la primavera de mis estilos. Hoy recuerdo que nací para ser feliz y llevar en mis entrañas las memorias perennes de mi descendencia y la prolongación de mis sorpresas ante las divinidades de la vida de los nietos, porque aprendí a llevar siempre en alto tanto el corazón como la mirada, hacia destinos de grata alcornia, aun al lado de falencias que lo que hicieron fue enternecer mis aconteceres pero también el de los niños pobres que a mi lado jugaron siempre con la sonrisa en el corazón de querer seguir siendo ingenuos siempre para no tener consciencia de su desnudez. Así es la vida: un eterno engranaje de aprendizajes agradecidos al vaivén de los acontecimientos, donde el amigo siempre estuvo a mi lado en nombre de la amistad más sencilla y de la bondad mas enaltecedora.

Aprendí en la vida a coronar realidades. A que cada día me guarda un nuevo secreto por descubrir y a estar siempre lista para ello. Aprendí a amar y a

hacerme sentir, a ser amada y cortejada con la calidez de las coincidencias emocionales, cuando los seres humanos somos tocados con el hálito de la buena esperanza. Aprendo cada día del pájaro que a mi ventana llega y canta, del sol y sus juegos con la hermana lluvia, de la belleza de las flores en el borde de las plantas y árboles maduros; aprendo a amar cada día, con más ahínco, y a sentir el amor en el ser querida a pesar de mis defectos.

*Es la vida un continuo quehacer y un constante aprendizaje de luces y de colores, de sombras bajo la luz de la luna, de realidades que parecen sacadas de los cuentos de hadas y las novelas policíacas, románticas, o defraudadoras, pero al fin: ¡Vida!*

Ya casi es invierno, a veces me parece que solo ayer fui joven, y otras veces, que es mucho el tiempo transcurrido. ¿A dónde se fueron los años?... es una visión de mil esperanzas y sueños.

*"Margarita"*